

El Problema de Ser “Centrados en la Cruz”

Por Andrew Sandlin

Vemos la cruz a través de los lentes de la Resurrección – no al revés.

Jeff Purswell, de las iglesias *Gracia Soberana Internacional*, ha defendido el acento de su denominación en la crucifixión de Jesús en medio de la crítica de que este énfasis en la crucifixión disminuye la resurrección. En un tiempo cuando la preciosa muerte de nuestro Señor (1 Ped. 1:18-19) es catalogada como “abuso infantil cósmico” por supuestos evangélicos (Steve Chalke), es alentador leer la fuerte defensa de Jeff, y elogio a la SGI por su devoción a la crucifixión. Aún así, queda mucho por decir sobre este tema tan vital, y quiero decirlo, aunque con muchísima brevedad en este momento.



En lugar de interactuar punto por punto con la serie de Jeff, ofreceré tres tesis básicas que surgen de una perspectiva relacionada pero diferente sobre el énfasis relativo de la crucifixión y resurrección de Jesús.

1. **La resurrección de Jesús, como su crucifixión, nos salva.**

Todos sabemos que la resurrección es un hecho central del Evangelio (1 Cor. 15:1-8), pero es más claro para muchos de nosotros cómo la muerte de Cristo nos salva que la manera en que nos salva su resurrección. En algunos casos, obtenemos la idea de que el papel primordial de la resurrección es simplemente confirmar la deidad y el papel mesiánico de Jesús (Rom. 1:1-4). Este hecho es verdad en todo lo que cabe, pero si pensamos de esta manera, podríamos dejar de comprender en qué sentido específico la resurrección debe ser parte del Evangelio en lo absoluto. Después de todo, el hecho de que Jesús es Dios lo mismo que el Mesías no es una verdad distintiva del Evangelio – lo puede creer y aún así no ser cristiano.

Además, a pesar de las muchas teorías de la expiación, es fácil entender cómo la muerte de Jesús nos salva – primordialmente por sufrir en la Cruz la pena del pecado que nosotros debíamos (1 Ped. 2:24). Él también destruye el poder del pecado, el dominio de Satanás sobre nosotros, una visión llamada con frecuencia *Christus Victor* (Heb. 2:14-15).

Pero, ¿cómo es que su resurrección nos salva? Si vemos el Evangelio como diseñado principalmente para abordar el asunto de la pena por el pecado, deberíamos rascarnos la cabeza en cuanto a la trascendencia Evangélica de la resurrección de Jesús. Sin embargo, si reconocemos una salvación cuádruple (A. W. Pink) – salvación no sólo de la pena sino también del poder, placer y presencia del pecado – obtendremos una idea mejor del papel de la resurrección en salvarnos.

Pablo les dice a los romanos que si en unión con la muerte de Jesús nosotros mismos hemos muerto al pecado, éste ya no nos esclaviza (6:2). Pero el poder de caminar realmente en la nueva vida es un efecto de nuestra unión con el Señor resucitado (6:3-12; 8:10-11). La muerte de Jesús pagó la pena por el pecado y rompió su poder judicial en nosotros; pero si hubiese permanecido muerto, no podríamos ser salvos. No se debe pasar por alto la importancia masiva de este hecho. Pablo dice que si Cristo está muerto, aún estamos en nuestros pecados (1 Cor. 15:17). Esto es tanto como decir que el sacrificio de Cristo en la cruz, el mismo que borra la pena, en sí mismo es insuficiente para salvarnos.

No es suficiente que se haya pagado por nuestros pecados para poder ser salvos. Si Jesús tan sólo le hubiera encomendado su espíritu a su Padre (Luc. 23:46) pero se hubiera quedado corporalmente en la tumba, el Hijo de Dios hubiese re-asumido su existencia pre-encarnada, y teóricamente hablando, su muerte habría hecho expiación por los pecadores, pero ninguno de ellos habría sido salvado. La muerte expiatoria es necesaria para la salvación, pero no suficiente. La resurrección no es menos necesaria. La razón de que la muerte de nuestro Señor sea insuficiente en sí misma para salvar alcanza y toca el núcleo mismo del asunto. El propósito mismo de la salvación es la victoria del hombre sobre el pecado – victoria existencial, no tan sólo victoria judicial (Efe. 1:1-14; Tit. 2:14-15; 1 Ped. 2:24) – y esa victoria es, como hemos visto, un beneficio directo de la unión con la resurrección de nuestro Señor, no tan sólo con su muerte.

Otra manera de poner esto es decir que la obediencia perseverante es no menos un don del Evangelio que la justificación y el perdón de pecados. Sin embargo, si creemos que el Evangelio tiene que ver principalmente con el perdón de los pecados y sólo de manera subordinada con la obediencia perseverante, podríamos no comprender la importancia de la resurrección para el Evangelio. Jesús murió en la Cruz y se levantó de la tumba para asegurar la salvación de un pueblo obediente y que conquista al mundo y al pecado (2 Tim. 2:11-12). Esto es lo que asegura el bautismo en el Señor crucificado y resucitado (del cual hablaremos más adelante).

También podríamos entender mejor este hecho si nos damos cuenta que la resurrección no es simplemente una extensión de la obra redentora de la crucifixión, cuyo brillo incontenible refleja la resurrección. La verdad es más cercana a la inversa: la resurrección es el gran crescendo hacia el cual se dirigió el ministerio redentor de Jesús.

2. El señorío del Cristo resucitado es el tema central de la Biblia.

El gran tema de la Biblia no es “Jesús salva,” sino aquel primer credo cristiano, “Jesús es Señor.” El sermón de Pedro en el primer Pentecostés post-resurrección confirma esta verdad. Pedro mira en la resurrección-ascensión de Jesús el cumplimiento de la promesa a David de que de sus descendientes Dios establecería un reino eterno en la tierra (Hch. 2:30-33). De esta manera (resurrección-ascensión), Dios ha “hecho a este hombre Jesús... Señor y Cristo” (v. 36). Sobre esta base los judíos que colaboraron en el asesinato de nuestro Señor, bajo una potente convicción del Espíritu, rogaron para saber qué debían hacer. La respuesta de Pedro fue, “Arrepentíos, y bautizaos” – es decir, atestigüad de manera visible vuestra fe en el Señor resucitado. El mensaje del señorío genera el Evangelio.

Pablo dice prácticamente lo mismo al comienzo de Romanos (1:1-5). Jesús, la simiente real de David (¡Señorío!), fue declarado Hijo de Dios por su resurrección y el mensaje de esta fe obediente en este Señor resucitado para todas las naciones le fue encomendado a Pablo. Luego aprendemos (1:16f.) cómo los individuos entran en este Plan Global de Señorío.

La resurrección está en el corazón del Evangelio del Señorío porque en la resurrección (y en la ascensión resultante) Jesús fue autenticado y calificado como gobernante mediador de Dios de un mundo llamado a someterse a una fe obediente (Rom. 15:18-20; 16:25-26). Debido a su humilde obediencia que le llevó a la Cruz, Dios ha exaltado al Señor resucitado ante quien toda rodilla se doblará (Fil. 2:5-11).

“Jesús salva” porque Dios ha recompensado su fidelidad obediente en su muerte sacrificial con el poder de la resurrección del Señorío universal. El crucificado y resucitado es Rey de Reyes y Señor de Señores (Apoc. 19:15-16).

Todos los que juran lealtad al Rey gobernante que derramó su sangre por el mundo será perdonado y justificado (acreditado con la propia justicia de Jesús) y se le otorgará una fe perseverante que les conducirá a la victoria a través de las grandes batallas de esta vida (Rom. 5:18-19; 6:12-19; 8:31-39).

La salvación individual es un beneficio de incorporación en el Señor crucificado y resucitado. Pero lo que es fundamental es el reino del Señor resucitado.

3. Los cristianos hoy pueden encontrar al Señor crucificado sólo en el modo de su existencia resucitada.

Esta verdad suena mucho más misteriosa de lo que realmente es, pero quiero pasar un poco de tiempo desarrollándola porque ella más que ninguna otra muestra porqué la resurrección es, posiblemente, el aspecto más fundamental del Evangelio.

Sabemos que antes de su encarnación el Hijo de Dios existía eternamente con el Padre (Juan 1:1-4). Igual que el Padre y el Espíritu Santo, el Hijo era espíritu puro. Él era Dios en el mismo sentido en que ellos lo eran – y son. En la eternidad pasada había tres divinas Personas, Seres espirituales, y no obstante un Dios.

Cuando Jesús nació en Belén, entró a un nuevo modo de existencia. Él no era menos el Hijo de Dios, pero era el Hijo de Dios *de una manera diferente*. Debido a que Su deidad se unió (aunque no se confundió) con la humanidad como Jesús de Nazaret, fue necesario que el Hijo de Dios rindiera algunas de las prerrogativas de deidad (no la deidad misma, considérela), porque el hombre no es Dios (Fil. 2:5-8). Por ejemplo, no era omnisciente (Marc. 13:32). Podía ser tentado, cansarse, dormir e incluso morir. De hecho, fue humano en todas las maneras en que nosotros lo somos, aunque no fue un pecador (Heb. 4:15-16).

Estas no son características de Dios el Hijo en su estado pre-encarnado; su vida terrenal fue *una manera distinta de ser*. Debemos agradecerle a Dios por este hecho. De otra manera, el Hijo de Dios no podría habernos salvado (Gál. 4:4).

Pero – y este punto se pasa por alto con frecuencia – Jesús entró en un tercer (y último) modo de existencia en su resurrección, o quizá más precisamente, en su resurrección-ascensión. Ya no era pre-encarnado ni meramente encarnado, sino encarnado-*resucitado*. Él era el Hijo de Dios de una manera diferente a sus modos de existencia celestial pre-encarnado y su modo encarnado terrenal. *Jesús mismo fue transformado cuando se levantó de los muertos* (esta es una brillante observación de Richard Gaffin). Cuando Jesús murió, murió en debilidad, pero fue levantado con poder (1 Cor. 15:42-45).

Tenemos ejemplos claros de este Jesús de la resurrección-ascensión. Pedro predicó en el primer Pentecostés post-resurrección que aquel a quien los judíos habían matado no se encuentra más en humillación sino reinando desde los cielos en el trono de David (Hch. 2:29-39).

Este es el Jesús que Esteban el mártir vio mientras lo colocaban en el sitio donde iba a morir: el Jesús de la resurrección-ascensión de pie a la diestra del Padre, en gran poder, gloria y victoria (Hch. 7:54-60).

De igual manera, la experiencia de conversión de Pablo subraya al nuevo Jesús, cuya brillantez cegó a Pablo y cuya retumbante voz derribó a Pablo de su caballo y dejó sin habla a quienes le acompañaban (Hch. 9:1-9).

Luego, vemos al Jesús de la resurrección en su pleno esplendor real en el Libro del Apocalipsis: sus ojos como llamas de fuego, su voz como el estruendo de muchas aguas y su rostro con el brillo del sol (Apoc. 1:12-17). Este es el Jesús de la resurrección-ascensión con el poder de la vida y la muerte, Rey de Reyes y Señor de Señores, quien

hace guerra contra sus enemigos y los aplasta con su poder deslumbrante (Apoc. 19:11-21).

Éste, de manera muy enfática, *no* es el Jesús de su estado humillado y encarnado. Es el mismo Jesús en su ser, pero tiene una *manera* diferente de ser.

En otras palabras, la existencia terrenal de Jesús no fue su existencia de resurrección.

Es el mismo Jesús, pero es un Hombre cambiado.

Esto lleva a una conclusión más bien emocionante, y también discordante: el modo del Jesús de los registros del Evangelio no es el modo del Jesús que encontramos hoy. No tenemos acceso al Jesús de su estadía terrenal y anterior a la resurrección. Cuando fuimos salvos, fuimos unidos al Jesús de la resurrección – no al Jesús que los primeros apóstoles encontraron en el antiguo Israel. Debido a que Jesús es un hombre cambiado, y debido a que somos unidos a él en su resurrección (Rom. 6:3-5), somos hombres y mujeres cambiados (v. 4, “andando en novedad de vida”). Esa es la manera cómo Dios nos cambia. ***Dios nos cambia al haber cambiado a Jesús.***

¿Cuáles son las implicaciones para los cristianos? Cuando Jesús murió, fue atado por el pecado. El pecado tuvo poder sobre él – no su pecado, por supuesto, sino el nuestro (v. 9). Antes que Jesús se levantara, el pecado y la muerte tuvieron poder sobre él. Jesús fue esclavizado por el poder del pecado – el nuestro. Él llevó nuestro pecado, nuestras penas y pesares (Isa. 53). Su vida fue una vida de debilidad, enfermedad, fatiga, tragedia y soledad – la vida que carga el pecado. El pecado (nuestro pecado) que Él llevó durante su vida terrenal, tuvo poder sobre él.

Este es el Jesús terrenal, el Hijo de Dios de quien leemos en los Evangelios. Esta es la vida de Jesús desde su nacimiento hasta la Cruz y la tumba. Si quieres conocer la “vida de Cristo” según Mateo, Marcos, Lucas y Juan, fue permanentemente una vida de debilidad, pena, cargas, carencias, dificultades – en la Cruz incluso fue una vida separada de Dios el Padre, quien abandonó a Su propio Hijo, el Hijo que llevó nuestros pecados (Mat. 27:46).

La enseñanza trascendental de Romanos 6, 1 Corintios 15 y 2 Corintios 5 es la de la tumba vacía hace 2000 años. *Jesús dejó esa vida para siempre.* Jesús fue transformado.

Para entrar en detalle: cuando Jesús se levantó de la tumba, abandonó aquella forma de vida humilde y terrenal por una nueva vida. Fue sembrado en debilidad; fue levantado con poder. Abandonó la vida que cargaba el pecado, de debilidad, soledad y derrota por una vida de poder, gozo, comunión y victoria. El viejo Hombre Jesús se convirtió en el Nuevo Hombre Jesús. Jesús tuvo un viejo hombre y un nuevo hombre (lenguaje de Pablo), igual como sucede con nosotros. Y el viejo Hombre Jesús se ha ido para siempre.

Pablo señala el mismo punto en 2 Corintios 5:16-17, donde habla de la resurrección. Él dice que si incluso alguna vez conocimos a Cristo según la carne, es decir, de una manera natural, sin embargo *ahora* no le conocemos de esta manera. No podemos conocer a Jesús como una vez le conocimos. Él ha cambiado, y nosotros hemos cambiado.

Si quieres conocer al Jesús que ahora existe, lea el libro de Apocalipsis, no los Evangelios. En el Apocalipsis, Él es un Rey conquistador, quien progresivamente derriba al antiguo dragón (Satanás); castigando a sus enemigos en la tierra quienes están en guerra contra Él; y liberando a su pueblo, quien le ama y obedece. Él no es tan sólo el Cordero que fue inmolado sino el León que ejerce su autoridad sobre la tierra. Él es el Jesús ante cuya presencia santa y terrible Juan cayó como muerto.

Este Jesús, no el Jesús de los Evangelios, es el Jesús que está vivo hoy.

Este hecho tiene implicaciones aún más sorprendentes para Pablo – y para nosotros. Significa que dado que Jesús tiene un nuevo modo de existencia, una nueva vida, nosotros también. Estamos unidos a él, de modo que cuando murió al pecado, nosotros también morimos al pecado. Cuando se levantó a la justicia, nosotros también fuimos levantados. ¿Por qué es necesario estar unidos con Jesús? ¡Porque esa es la manera de Dios de destruir el pecado! (Lea cuidadosamente Rom. 6:6).

Entended, entonces, ya no podemos encontrarnos – ya no podemos tener una relación personal – con el Señor crucificado. Sólo podemos encontrarnos, relacionarnos, amar y tener amistad con el Señor crucificado *en su estado resucitado*. ¿Qué tipo de existencia tiene Jesús hoy? ¿Puede Él morir (v. 9)? ¿Puede su vida estar llena con la carga del pecado, pesares, soledad y debilidades? No. Tampoco debe ser así con la nuestra. Ese es el punto de Pablo en Romanos 6.

Jesús nos llama a tomar nuestra cruz diariamente y seguirle (Luc. 9:23). Pablo dice que él muere diariamente (1 Cor. 15:31). Y en pasajes como Mateo 10:38; 2 Corintios 1:5-7; 4:10; Filipenses 3:10 y Colosenses 1:24 se nos informa que nuestra vida presente debe incluir el sufrimiento, así como sucedió con la vida terrenal de nuestro Señor. Pero para el cristiano, *no puede haber muerte sin una resurrección, así como no se podía para Cristo*. Toda muerte conlleva una resurrección, incluyendo nuestra futura muerte física y futura resurrección.

Pero nuestra resurrección no es simplemente futura. En la vida presente no podemos morir cada día al pecado y al *yo* sin también ser resucitados a la justicia, el poder, la esperanza, el gozo, la gloria y la victoria.

Los cristianos no viven la “vida crucificada”; ellos viven la vida de resurrección. Cuando sufrimos, cuando estamos solos, cuando estamos enfermos, cuando estamos

débiles, apelamos a Jesús, pero sólo al Jesús que vive hoy en constante *victoria* sobre la soledad, el sufrimiento, la enfermedad, la debilidad. En otras palabras, no podemos encontrar a un Jesús que conoce solamente la soledad, el sufrimiento, la enfermedad, la debilidad, porque ese Jesús ya no existe. Sólo podemos encontrar a un Jesús que ha derrotado todas estas cosas. Y si estamos unidos con Él, también las hemos derrotado. Simplemente debemos vivir una vida de resurrección – muertos al pecado, vivos para Jesús (vv. 11-12).

Simplemente no hay otra vida cristiana.

La esposa de mi padrino de boda es una mujer notable. La he conocido durante 40 años. Meses después de haberse casado, ella y mi padrino fueron arrollados por un conductor ebrio. Ella fue lanzada por el aire, pero su columna vertebral se hizo pedazos. Estuvo paralizada y ha sido parapléjica por casi 30 años. La conocí cuando era una adolescente en plena juventud y salud. Ya no puedo conocerla de esa manera. Ella es una mujer nueva y diferente. Su vida ha sido transformada.

De la misma manera, no puedo conocer al “viejo” Jesús que caminó en la tierra. Solamente puedo conocer al “nuevo” Jesús que gobierna en el Cielo (1 Cor. 15:47-49).

Cuando venimos a Jesús en busca de empatía y ayuda (Heb. 4:14-16), podemos venir sólo a Jesús el Victorioso, no a Jesús la Víctima. Él se puede identificar con nuestras debilidades, pesares y tentaciones, *pero no puede identificarse con nosotros en la derrota – sólo en la derrota absorbida por la victoria* (Heb. 4:14-16; cf. 7:26-27; 8:1-2, 7-13; 11:4-40; 12:22-29). Él ya no puede identificarse con los tres muchachos hebreos que iban a perecer en el fuego. Él sólo puede identificarse con los tres muchachos hebreos que fueron victoriosos sobre el fuego.

Su manera de pensar y la mía deben ser dominadas diariamente por este único hecho – el Señor a quien amamos y servimos es el Señor resucitado, el Señor de la victoria y el poder, de la esperanza, el gozo y la transformación. No hay otro Señor.

Jesús es incapaz de conmiserarse con una vida de derrota. Él sólo puede conducirnos de la derrota a la victoria. *Jesús no conoce otro camino.*

Demasiados cristianos viven como si Jesús aún estuviese sepultado en la tierra. Pero ese Jesús se ha ido para siempre. No hay otro Jesús al cual amar y servir. El Señor resucitado es el único Señor que hay. El Señor victorioso es el único Señor que hay. El Señor gozoso es el único Señor que existe. El Señor poderoso es el único Señor que existe.

Es este Señor a quien estamos unidos.

El punto de Pablo: *no hay otra vida cristiana posible excepto la vida de victoria, gozo, poder, poder, esperanza y de una transformación que alcanza todos los rincones de la tierra* (1 Cor. 15:56-58; 1 Jn. 5:4).

Por esta razón, puede que no sea lo más prudente decir que somos gente “centrada en la Cruz.” Es mejor decir, “centrados en el Señorío,” porque este Señorío es la clave de la resurrección, así como la resurrección es la clave del Evangelio.

Es el Jesús resucitado a quien servimos, *y simplemente no hay otro Jesús.*

Este artículo fue originalmente publicado en inglés en el blog del autor en la siguiente dirección: <http://goo.gl/SqWtF>

Se publica en *Contramundum* con el permiso expreso del autor.

Traducción de Donald Herrera Terán, para <http://www.contra-mundum.org>